

# DATOS SOBRE IGLESIAS Y CONSTRUCCIONES JACETANAS

Por JUAN FRANCISCO AZNÁREZ

**D**AMOS a continuación una serie de datos y sugerencias acerca de varias iglesias y construcciones jacetanas que interesan a la historia de esta insigne y monumental ciudad, capital del reino en el siglo XI. Algunas de estas iglesias han desaparecido enteramente, pero otras subsisten, por fortuna, y encierran destacado interés para la historia del arte.

## IGLESIA DE SAN SALVADOR Y SAN GINÉS (BENEDICTINAS)

Durante la edad media eran dos las iglesias que se incluían en la actual de las MM. Benedictinas: la subterránea y la alta. La primera consiste en una especie de cripta, cubierta por un cañón de piedra, circular, que se extiende a todo lo largo de la superficie o plano. Paredes y techo son de fina cantería, decoradas con buenas pinturas murales del tiempo, en mediano estado de conservación, pero muy dignas de ser salvadas de algún modo, puesto que en Jaca no las hay tan antiguas. Tratan los pasajes de la vida de la Virgen. Por eso se llamó iglesia de «Santa María baxo tierra». También la intitularon del Salvador, porque la adoración del Salvador por los reyes magos fue el motivo principal tratado por el pincel del artista. En atención a ello, el 6 de enero fue antiguamente uno de los días clásicos en que el Concejo jacetano se trasladaba corporativamente a esta iglesia subterránea para celebrar la solemnidad litúrgica y jurar los nuevos cargos.

Las pinturas murales tienen importancia para la historia del arte, por su antigüedad y porque es, tal vez, posible saber a qué autor atribuir las. El año 1138, el pintor Bernardo, junto con su mujer Inés y sus hijos, adquieren en Jaca unas casas del Cabildo a cambio de otra que ellos tenían en Villanúa. Firmaron la carta de cambio el obispo Dodón y los canónigos <sup>1</sup>.

La iglesia alta, San Ginés, perdió su carácter románico cuando fue ampliada entre los años 1730-35. Pervive la fachada primitiva, con portal de sencilla cantería, sin detalles escultóricos. En su interior puede admirarse un lienzo representando el martirio de san Matías, apóstol, tema central de un retablo recientemente quitado. Una viva tradición local atribuye esta tela, bastante deteriorada, al gran pintor Ribera, el *Españoleto*. Joya de excepcional valor es el sepulcro de doña Sancha, la condesa hija de Ramiro I. De este monumento tan famoso se han ocupado muchos escritores <sup>2</sup>.

### IGLESIA DE SANTIAGO (HOY SANTO DOMINGO)

El año 1088, el obispo don Pedro se lamentaba de que «en tiempos antiguos habían sido destruidas muchas iglesias y abandonado el culto de otras, por haber sido despojadas de los medios propios de subsistencia, como sucedió en esta villa de Jaca, no menos que en todas las restantes de nuestra patria». En virtud de ello, por ruego y encargo del rey Sancho Ramírez y de su hijo Pedro y accediendo a las súplicas de todos los vecinos, decretó que «cierta iglesia del apóstol Santiago, sita en Jaca, derrumbada al agravarse la ruinoso situación de las iglesias, vuelva a su primitivo estado (*in priorem statum recuperatur*) y sea reedificada con el trabajo y devoto auxilio de los cristianos jacetanos» <sup>3</sup>.

Por las frases de este documento pastoral parece que esta iglesia se hundió a causa de la penuria económica existente en los tiempos sarracénicos. Fuera por este motivo o fuera por acción guerrera, el hecho es que este templo jacobeo necesitó entonces de importantes obras con el

1. ACJ, copias de García la Tienda 2-20-21.

2. En 1255, el rey Jaime I concedió licencia a cincuenta hombres vecinos y parroquianos de San Salvador de Jaca, para fundar cofradía, tener capellán propio y reunirse dos veces al año en comida de cofrades. Arch. Ben. J., *Cuaderno de varias notas*, en rústica.

3. SANGORRIN, *Libro de la Cadena del Concejo de Jaca*, Zaragoza, 1920, págs. 105-109.

fin de recobrar su estado anterior. Serían tal vez obras de reparación no de construcción total y nueva, porque las destrucciones de los moros—si esta iglesia las sufrió—no eran tan absolutas que impidiesen llegar a nosotros edificios de antes de los sarracenos. El incendio de una techumbre, el hundimiento de una bóveda, el saqueo o profanación de un lugar sagrado, daban por destruído un santuario <sup>4</sup>. Esto explica las lamentaciones de nuestro prelado don Pedro I.

Pero aquí, el esqueleto mural, el plano, la cabecera absidial en dirección occidental, quizá también estancias subterráneas y otros detalles de posible investigación, podrán indicar a los técnicos en la historia del arte sacro la remota antigüedad de este monumento medieval, hoy ampliado y más levantado, pero no totalmente renovado.

Por lo pronto, la obra románica iniciada en 1088 está a la vista de cualquiera. Los ábsides que, aunque reformados, miran a poniente—Santiago de Compostela, Finisterre—, constituyen un caso rarísimo en nuestros primeros templos aragoneses. El mismo edificio de Santiago de Agüero, tan representativo en las rutas de peregrinación, no tiene dirección occidental, lo que prueba que en Jaca se respetó la original disposición y que los restauradores del siglo XI trabajaron sobre un plano forzado y existente con anterioridad a la catedral románica, que mira al oriente. Así la iglesia volvía a su primer estado o situación, de acuerdo con los deseos manifestados por don Pedro I.

La torre campanario, con sus dos ventanas geminadas, los muros de perfecta sillería, los arcos de las naves laterales y, sobre todo, el presbiterio en forma de templete, están pregonando la importancia de esta fábrica sagrada, digna de mejor suerte y de mayor atención por parte de las instituciones salvadoras del arte antiguo.

También conserva algo de las bóvedas primeras, situadas al pie de las naves laterales. A principios del siglo pasado fueron elevadas en su mayoría y, con ello, perdió la iglesia gran parte de su viejo sabor románico, de edificio antiguo, como lo calificaba Labaña en el año 1610 <sup>5</sup>.

Para la historia de la secular devoción española al Hijo del Trueno es de excepcional valor que Jaca pueda presentar al mundo un documento tan explícito como este del prelado don Pedro I, cuya autenticidad

4. LAMPÉREZ, *Historia de la arquitectura cristiana*, t. I, p. 124.

5. LABAÑA, *Itinerario del reino de Aragón*, Zaragoza, 1895, p. 37; RAFAEL LEANTE, *Culto de María en la diócesis de Jaca* (año 1889), p. 66.

dad—es copia del siglo XIII—está comprobada por la obra románica subsistente, que no es de poca monta. Fundado en esta escritura, asegura don Dámaso Sangorrín que la iglesia de Santiago existió indudablemente en los primeros siglos de la era cristiana <sup>6</sup>. Y una iglesia tan vetusta, emplazada en esta ruta internacional, da pie para suponer con fundamento que hubo aquí vías de peregrinación a Santiago de Compostela mucho más antiguas que las descritas en los relatos compostelanos hoy conocidos.

En rigurosa verdad y como debido homenaje al gran patrón y protector de las hespéricas gentes, debiera restablecerse el primer título de esta casa del Señor. La presencia en ella de los PP. Dominicos, que la habitaron durante dos centurias, no quitó la titularidad del apóstol. El Cabildo jacetano siguió trasladándose a ella en los tiempos dominicanos para celebrar, como en su casa solariega, la fiesta nacional del 25 de julio. En todo caso, la estancia en ella de los hijos de santo Domingo fue un accidente de la historia local que ya pasó. Queda ahora lo permanente, lo estable, que son las piedras allí puestas por el amor de las generaciones jacetanas al apóstol y evangelizador de Iberia, que amparó nuestras más legítimas glorias.

Es deber sagrado, no sólo de Jaca sino de toda la nación, procurar que la cantería de esta secular fábrica quede a la vista, borrando todo lo que las brochas y las paletas han sobrepuesto. Será esto hacer labor de religión y de patria, porque ambas instituciones están hoy necesitadas de monumentos escritos y de piedra, como estos de Jaca, para acallar las voces de los hipercríticos que, dentro y fuera de España, se han permitido la licencia de poner en tela de juicio el origen jacobeo de nuestra fe y de la epopeya cristiana en torno al apóstol compostelano.

### CASA DE SANCHO RAMÍREZ

En el año 1063, el rey don Ramiro I hizo cuantiosas donaciones a la Catedral de Jaca, por él fundada. Tras la serie de reales donaciones, figura una de su hijo Sancho, el príncipe heredero del reino arago-

6. Loc. cit., p. 109. Sangorrín apenas paró su atención en la fábrica, por eso dice que escasamente queda hoy algún cimiento o pedazo de muro del templo antiguo. En realidad queda mucho más, a pesar del incendio del convento en tiempo de los franceses.

nés, cuyas son estas palabras: «Yo Sancho, hijo del rey Ramiro, animado del fervor divino, doy de mi parte a Dios y al Santo de las Llaves la casa que tengo en Jaca con todo lo que a ella pertenece»<sup>7</sup>.

A partir de este día, la renta de esta casa con sus fincas deberá ser destinada al culto sacro de la Seo y de su titular San Pedro, el Clavero. La administración de los bienes eclesiásticos pertenecientes al sagrado culto incumbía, entonces, al canónigo investido de la dignidad llamada sacristán, palabra que define bien sus funciones.

Ello explica que los sucesivos *sacristas* guardaran memoria oral y escrita de ese inmueble principesco que tan directamente pertenecía al ramo de sus cuentas.

El año 1507 comenzó a regentar la sacristía mayor el canónigo Juan Aznárez. Había nacido hacia 1475 y era un hombre tan culto y experimentado en las cosas catedralicias que llevó la voz cantante del Cabildo jacetano en Sessa (Huesca), donde hubo de defender los derechos de concatedralidad de Jaca, en cuya defensa triunfó. Entre los datos que para ello da, dice: «Jaca tiene, como Huesca, canónigos que son dignidades. Estas dignidades tienen sus propias casas, amplísimas, colocadas en lugares eminentes, y la dignidad de sacristán posee, entre otras, la casa del príncipe por concesión real (*domum principis ex concessione regali*)»<sup>8</sup>.

Es evidente que esta frase de Aznárez apunta directamente a la casa donada por Sancho Ramírez en 1063, cuando, viviendo todavía su padre, no era más que príncipe heredero de la corona. Ninguno más autorizado para hacer esta afirmación que el propio sacristán de turno, como lo era entonces Aznárez, entre cuyas manos estarían los datos y cuentas seculares referentes a las fincas de la sacristanía mayor por él regentada.

No da detalles Aznárez sobre el lugar de emplazamiento de esta finca urbana que en 1063 pasó a la Catedral por la generosidad del futuro rey. ¿Dónde estaría situada? ¿Habría confrontaciones de ella contemporáneas a la vida de Aznárez, que murió en 1542? Pues sí.

Una locación de casas de esta centuria dice: «Una botiquería (tienda) sita al cantón de la plaza de la Seu, que confronta con... la calle dicha de la Clavería, y por çaga con patio de la Sacristanía y una estan-

7. FEDERICO BALAGUER, *El obispado de Aragón*, en «Estudios de Edad Media de la Corona de Aragón», vol. IV, p. 135, y D. SANGORRÍN, *Libro de la Cadena del Concejo de Jaca*, págs. 46-47.

8. ACJ, caj. procesos Sessa, 1-2.

cia o cambra baxando a la bodega»<sup>9</sup>. Cantón o esquina a la plaza y a la calle Clavería, hoy Bellido, no puede ser más que la casa núm. 1, donde está la tienda de Malo. A la zaga o espalda de ella está la otra, la de la sacristanía, ahora funeraria de González, con la bodega citada; bodega que en 1443 se llama «soterráneo, donde hay arcos, cerca de los cuales se guardan cubas». Tal como hoy se conservan esos arcos<sup>10</sup>.

El sacristán Juan Iñíguez, sucesor de Aznárez, precisa también su situación: «Un pedazo de huerto de las casas de la dignidad de la Sacristía que confrontan con la plaza de la Seo y casas de Rodrigo León». «Casas en la plaza de la Seo, esquina de la calle de la Clavería, que confrontan con casas y huerto de la Sacristía mayor y la plaza»<sup>11</sup>.

Sobre este enorme bodegón se levantaba la edificación habitable que en el siglo xv era un palacio muy bueno, la mejor estancia de la casa. Se ha dicho que el tiempo lo borra todo. Pero lo que no ha podido destruirse en cerca de diez siglos ha sido ese enorme cañón de piedra, grandiosa bóveda con arcos fajones, dignos de una gran iglesia y, desde luego, coetánea de la Catedral, con la que forma como un cuerpo prolongado. Hay otra bóveda pétreica que rivaliza en importancia con la del inmueble de Sancho Ramírez: la de don Juan Lacasa; más otras varias de menores proporciones que éstas, pero todas de piedra y bien conservadas. Ellas están diciendo a los técnicos en arte medieval que el problema de los abovedamientos románicos, cuya cronología tanto se discute en los libros, estaba plenamente solucionado aquí en los albores del reino aragonés.

La donación de este edificio, del que queda entera la parte subterránea, motivó el que los antiguos rotulasen calle de la Clavería a la vía que naciendo en la plaza salía a los muros en dirección oriental. Clavería es lo perteneciente a san Pedro apóstol, el Clavero, a quien Jesucristo entregó las llaves del reino de los cielos. *Tibi dabo claves...*

Empeñados en andar de espaldas a la historia local, tan gloriosa, se cambió modernamente este título por el de calle de Bellido. Con todos los respetos que merece el personaje en el actual rótulo recordado, hay que decir que el cambio de nombre favoreció bien poco a la honra y gloria que merecen san Pedro Clavero y Sancho Ramírez. La Clavería, título impuesto por los siglos cristianos a esa ruta que nacía en la Cate-

9. AHPH, prot. not. Juan de Villanueva, vol. 9.026, fol. 168.

10. ACJ, *Libro viejo de sacristía*, 2-20-64.

11. AHPH, prot. not. Pedro de Sarasa, vol. 8.172<sup>2</sup> (año 1576), fol. 81 v. 

dral, recordaba a los jacetanos muchas cosas y muy nobles: religión, arte, historia, reinados, etc. Todo se acabó y se olvidó cuando el inmueble cayó en las manos pecadoras de los desamortizadores.

La bóveda se halla protegida por dos arcos en cruz, primitivos, con otros en una sola dirección. La parte de fondo que confronta con la fábrica catedralicia está un tanto condenada a causa de un muro de sustentación que se hizo en el siglo xvi para apoyo de la gran capilla de San Miguel. Algo de la fachada, oculto por los revoques, también parece de cantería antigua.

### IGLESIA DE SAN ESTEBAN Y OTRAS (BANCO DE LA SALUD)

La condesa doña Sancha, que murió en los últimos años del siglo xi, dio al prócer Pedro Lemotgas una tierra blanca para plantar viña junto al camino que, pasando por Mucrones (la Victoria), termina en las casas de los enfermos: *de illos infirmos*<sup>12</sup>. Es decir, junto al camino del cementerio que se extiende por toda la cantera o corona de Jaca y muere en el banco de la Salud. Salud es sinónimo de hospital, de casa de enfermos, porque allí se va a buscar la salud. Todavía es en Jaca calle de la Salud la que pasa por el hospital.

Unos setenta años después (1170), Bernardo Letmogan, probable hijo del primero, dio a la iglesia Catedral cien vacas con toda su cabaña, con el fin de que los canónigos pongan un presbítero que ofrezca diariamente la misa por su alma y la de su mujer Ermesinda en la iglesia de *Burgonovo*, sita junto a la casa de los enfermos: *prope domum infirmorum*<sup>13</sup>.

Los términos de *Burgonovo* se extendían hasta la glorieta, dando vista al Aragón. Las capillas o ermitas de San Esteban, San Andrés y San Marcos formaban unidad arquitectónica, de donde vino el llamar carrera de San Marcos a la ruta de Francia. A su lado se levantaba el hospital, situado a la vera del camino internacional, donde eran recogidos los peregrinos enfermos de contagio que, por esta causa, no podían penetrar en los hospitales del interior urbano. De ahí que aún en el siglo xi se decía casa de los leprosos, de San Andrés, enfermos de la corona (cantera)<sup>14</sup>.

12. Véase mi estudio sobre la Virgen de la Victoria, en el núm. 37 de ARGENSOLA, p. 1.

13. ACJ, pergamino 172. Citan el documento el P. Huesca y otros autores.

14. AMJ, libros de mayordomía desde 1511, expensas.

Cuando san Francisco de Asís vino a Jaca, fundó su primer convento al lado de la iglesia de San Pablo, extramuros de la ciudad <sup>15</sup>. Pronto adquirió estado floreciente la primera comunidad, ampliando la iglesia y el cenobio, pero respetando en su ser la capilla del apóstol de las gentes, que se mantuvo en pie hasta los tiempos modernos. En ella tenía su «sitiada» el gremio local de los cuchilleros (*cutillers*), de cuya profesión era patrón el apóstol de la espada. Luego arribaron también monjas franciscanas, que se encargaron de ejercitar la caridad con los enfermos de San Esteban y San Andrés de la Corona. Vivían pobres como su fundador, a base de limosnas y del proteccionismo real en favor de los hospitales. Doña Leonor, reina de Aragón, reservaba en 1361 ciento veinte sueldos anuales para las necesidades de estas religiosas cuya comunidad la formaban una priora, subpriora y un número indeterminado de «duenyas», más un capellán para el servicio divino y asistencia espiritual de los dolientes <sup>16</sup>.

Grande sería el gozo sentido por los peregrinos enfermos, venidos a los santuarios jacobeos del Pilar y Compostela, cuando al llegar al puente de las Grajas avistaban la gran institución de la Salud, erigida sobre el balcón natural de la cantera. Hecha la selección, allí quedaban los más contagiados y peligrosos, mientras los demás podían penetrar en el recinto de la ciudad para visitar al primer vicario de Cristo en su sede catedralicia y al hijo del Zebedeo en el Coso, donde su iglesia se alzaba como un desafío contra los moros y judíos de la vecina aljamía.

No sería difícil probar documentalmente que, desde el banco de la Salud hasta la salida de Jaca por el mismo portal de los baños, los doce apóstoles de Jesucristo tuvieron su oratorio peculiar, donde la cristiandad peregrinante que afluía de los caminos europeos hacia estación penitencial. Hoy parece incomprensible cómo en poco más de 400 metros de vía *Sancti Jacobi*, casi urbana, hayan desaparecido tantos veneratorios apostólicos, borrándose hasta la memoria de su enclave.

15. P. RAMÓN DE HUESCA, *Iglesias de Aragón*, t. VIII, p. 296. En 1437, la «capyella» de St. Paulo figura «a la entrante de la yglesia de San Francés».

16. AMJ, vol. único del not. Pedro Sánchez de Alquézar, fols. 48, 79, 96.